

A favor de un strip-tease

Madeline Cámara

El exergo es un guía en el camino hacia el texto. Pero, a veces, un guía peligroso que a manera de esfinge nos propone, más que una solución, un acertijo. Descifrarlo se convierte en una nueva dificultad. Podríamos cómodamente renunciar a enfrentarla, pasar la primera página y seguir, pero de seguro aquellas palabras que suponemos claves nos vendrán a la memoria como un *ritornello*. Este es el caso de la cita de Dostoievski que preside el libro de cuentos [Strip-tease](#), del narrador cubano Antonio Orlando Rodríguez (Ciego de Ávila, 1956): “...rara vez se decide el hombre a reconocer que otro sufre, cual si esto fuera una jerarquía”. Sobre esa frase hemos de volver inevitablemente.

El libro –publicado por la editorial Letras Cubanas– recoge un total de quince cuentos. Llamémosles así para no adentrarnos en precisiones genéricas que ocuparían el poco espacio concedido a una reseña, pero alerta que no son muy ortodoxos en cuanto a la estructura los textos de Antonio Orlando, aunque, no obstante, tienen como común denominador el propósito de contar una anécdota. Incluso los más breves, las viñetas tituladas “A solas”, “Fabulilla de la muerte”, “Elogio del cartero” y “Strip-tease”, cristalizan con notable síntesis en torno a un sencillo núcleo dramático. Contar algo es un leitmotiv en la literatura de este autor. Él mismo lo ha confesado: “Quise hacer un libro que dijera cosas y que las expresara de manera divertida, amena, ya que no creo que lo serio tenga que ser sinónimo de aburrido”.

La segunda parte de esta afirmación nos conduce a otros derroteros del análisis de los cuentos. ¿Qué temas abordan y mediante cuáles recursos?

El inventario no es largo ni original. Las páginas de este volumen, con los diferentes matices del humor, valiéndose del grotesco y haciendo gala de la más desbordante fantasía, vuelven sobre el eterno e inagotable tema de los sentimientos humanos, digamos, para ser más precisos, con una perspectiva crítica implacable. Es por ello que la mayoría de los personajes que aparecen en estas páginas –como los ilustra Fabelo– son seres deformes, caricaturas del Hombre que condensan algunas de sus muchas debilidades y carencias.

Antonio Orlando se quita el sombrero ante el sufrimiento humano, refleja su existencia, padece con sus personajes; pero no se postra ante el dolor. Lo rebasa en una magnífica lección de distanciamiento artístico, haciendo uso de la sátira y la ironía, recursos que desde los orígenes de la literatura han permitido al escritor esa crítica amorosa que reside en “enseñar deleitando”, en comunicar esa tonificante postura ante la vida que plantea sacar fruto hasta de nuestras propias derrotas y miserias, una vez reconocidas.

Así, el joven autor nos obliga a apretar en la garganta un grito contenido de horror o de repugnancia, pero luego nos permite liberar la angustia con una carcajada. Y en ambos casos, activando las neuronas de la reflexión, atacando las células dormidas de nuestra conciencia, conminándonos a un permanente *auto-strip-tease*. De resultas, hemos sufrido una saludable catarsis, tal y como deseaba el autor, al “hacer un libro comprometido con lo mejor del ser humano en la medida en que fustiga mezquindades y rezagos”.

Con estas ambiciosas pretensiones, no es de asombrar que para escribir su libro hiciera uso de toda una tradición narrativa universal y nacional que, antes que él, y por las mismas vías estilísticas, se propuso sacudir la mente y el corazón de los lectores. Reléase el cuento “Un tipo ahí” y se sentirá el eco de “Un artista del hambre” de Kafka; nótese cómo el espíritu de Rabelais preside la pieza “Acá dentro”; compruébense las coincidencias entre el protagonista de “Las alimañas melancólicas” y el anticuario de Eliseo Diego en *Un almacén como otro cualquiera*, y cómo “Hipocampos” e “Historia reconfortante” retoman las vertientes de la crueldad y el humor representadas en nuestra narrativa —entre otros— por Virgilio Piñera y Ezequiel Vieta. Por su parte, Lewis Carroll es una presencia continua en la concepción de la fantasía que recorre el libro, quizá demasiado explícita cuando aparece un simbólico conejo en “Libertad, I love you”; mientras que con Bulgákov se saldan deudas con la historia narrada en “Test”. Y conste que no trato de hacer una lista de clásicos cuyas influencias honrarían al novel escritor. Tampoco intento posibles comparaciones. Otras huellas podrán revelar otras lecturas del texto, del mismo modo que otras podrían ser las asociaciones. Me limito simplemente a felicitar al creador por este afán de enriquecer su prosa y su visión del mundo mediante la sabia asimilación de la mejor herencia literaria, la cual —¿por qué negarlo?— actúa junto con la realidad como fuente de inspiración de la propia literatura.

De todo lo anterior se infiere que la actualidad y utilidad de este libro, dentro de la perspectiva ética que defienden para él su autor y esta redactora, no se limita al alcance de una crítica de circunstancias, localista y superficial. Aquí, la universalidad, lejos de hacer abstracto el enfoque de los problemas, garantiza la profundidad con que estos se plantean y obliga a la seria meditación; sin desdeñar la presencia del elemento lúdico latente en la mayoría de los cuentos.

Por si aún faltaran razones para invitar a la búsqueda y disfrute de *Strip-tease*, no dejaré de celebrar la limpieza del lenguaje utilizado, su objetividad, su sencillez y su ductibilidad, esa virtud de adecuarse al tema tratado que ilustra felizmente “Pierrot, Pierrot” con el uso de frases hechas para recrear una situación absurda de equívocos, y que se ratifica en la tensión interna —a nivel sintáctico— lograda en “Hipocampos”, un cuento tan elementalmente cruel.

Publicado en la revista *Revolución y Cultura*, julio de 1986, pp. 76-77.

